

LUNA, Félix: Irigoyen. (Buenos Aires, Raigal, 1954).

En la Introducción, comienza el autor confesando que no puede ser imparcial al relatar la vida de "El Templario de la Libertad", Gran Maestro de la "orden cívica" que fundara Leandro Alem.

A través de siete capítulos de significativos títulos, se va reseñando la trayectoria política de este gran visionario de la realidad argentina. "1852, año lleno de presagios", comienza el "Cursus Honorum", año de la caída de Rosas, a quien en rápida sinopsis juzga F. Luna sin ofuscación. Coincidentemente, nace H. Irigoyen. Paralelamente va relatando la vida política del país y la del vástago del humilde emigrado bazko. No obstante la infancia es pasada por alto por el autor, pues "sólo la infancia de los delfines tiene cronistas".

En rápidas y justas pinceladas, van desfilando las presidencias de Mitre, plagada de errores a causa de la difícil situación internacional imperante, y Sarmiento, el "magnífico energúmeno" que impuso su civilización a martillazos, confundiendo más de una vez lo civilizado con lo meramente europeo.

En tanto, se va profundizando la latente divergencia entre Buenos Aires y las Provincias. La Gran Metrópoli, cada vez más europeizada y ajena a su propio pasado, frente al Interior, meduloso y genuino. Sin embargo, en algún rincón de la ciudad brotaba aún algo auténtico y popular: la figura pura y romántica de Leandro N. Alem. Junto a él, ya con definida personalidad, su sobrino de 20 años se acrisola en su escuela. En 1872, el joven es nombrado Comisario de Balvanera, cargo del que más tarde será exonerado. Comienzan por entonces las luchas entre Nacionalistas y Autonomistas. En medio de ellas, asciende al gobierno N. Avellaneda con su bien intencionado proyecto sobre tierras públicas que jamás llegó a concretarse. Esto en la superficie, pero en el fondo de todo este proceso histórico se iban operando cambios fundamentales así sintetizados magníficamente: "en lo político, un crecimiento desmedido del poder central, con detrimento de las autonomías provinciales, acompañado de un progresivo falseamiento del sufragio popular. En lo económico una distribución cada vez más injusta de la riqueza, cuyos instrumentos de producción y reparto se iban adjudicando al capital extranjero o a una minoría privilegiada, y en lo espiritual un creciente desarraigo de las expresiones de cultura encandiladas con temas y formas ajenas". Como obscura reacción a todo esto, un grupo de discolos "intransigentes", deseosos de constituir un partido sobre bases principistas y no personalistas, se abre definitivamente del auto-

mismo para formar el partido Republicano. Con la presidencia de Julio A. Roca comienza el odiado "Régimen", finalizando también el "Cursus Honorum" del joven Irigoyen que a los 25 años ha hecho sus primeras armas en la legislatura porteña y en el Congreso Nacional. Durante esta breve actuación, está ausente todavía el gran Hombre.

En el siguiente capítulo, F. Luna, se dedica a analizar profundamente el hombre en su magnitud espiritual, moral e intelectual. Especial influencia tiene en su personalidad la ascendencia bazcuense, la cual ha influido en su voluntad y constancia increíbles. "Toda su labor política, será, en síntesis el triunfo de su carácter sobre el ambiente hostil o indiferente". Su intuición más que su inteligencia, le permitía captar situaciones e ideas apenas expresadas, lo cual le daba a su persona un profético aspecto. Carecía en cambio de sensibilidad estética y de gusto por la literatura pura. Su mística vida era la de un introvertido que podría haber sido un fanático si no hubiera poseído un espíritu equilibrado y tolerante. En conclusión, Hipólito Irigoyen, espiritual y físicamente estaba hecho para acaudillar almas con el solo influjo de su palabra baja y profunda. Por esa época va al encuentro de un filósofo que habría de orientar su vida: el krausismo, severa disciplina que levantó en su ánimo abatido un raudal de esperanzas.

Al lado de tantas virtudes: voluntad, bondad, intuición, generosidad, y cuando ya creíamos estar frente a un ser casi mítico, Luna se ocupa del punto vulnerable y "demasiado humano" de su biografiado: sus constantes amoríos a los que el protagonista dio menos importancia que la que le dieron sus enemigos, eternos socavadores de su prestigio. Mientras tanto, las caricaturescas presidencias de Roca y Juárez, con su equivocado concepto de progreso, aliado en este caso de intervencionismo económico, ponían en peligro nuestras sencillas virtudes. Era la hora de la oligarquía extranjerizante y desnaturalizadora. Esta situación se refleja fielmente en la literatura de la época, desprovista de personalidad y profundidad.

En el capítulo titulado "La Intransigencia" reseña el autor la crítica época que empieza con la creación de la Unión Cívica Radical, de la juventud, jalonada con los distintos intentos revolucionarios de estos jóvenes. Auriga del fantástico carro Leandro N. Alem. Patriadas y fracasos se van sucediendo uno a uno hasta llegar a la revolución del 93, jocundo y popular movimiento conducido por la mano callada de Irigoyen. Pero mitristas y roquistas, conspirando en las sombras, aplastan la revolución. Seguidamente, F. Luna analiza el origen de las disidencias entre Irigoyen y su tío, llevando la causa en última instancia, a la

enorme dimensión de estos dos hombres que hacía imposible su convivencia. Luego del suicidio de Alem, Irigoyen queda solo al frente de su partido. Consciente, lo conduce por áspero camino. La abstención electoral es adoptada como táctica de lucha. Aparentemente, el radicalismo desaparece del escenario político, pero entre bastidores, Irigoyen velaba.

Después de una breve exaltación romántica donde puntualiza lo que el radicalismo significa para él —elemento de unificación espiritual y esperanza criolla—, F. Luna entra de lleno a reseñar el fin de siglo con sus revueltas obreras y componendas oligárquicas. 1902, se empieza a trabajar austera y obstinadamente en la reorganización del radicalismo. El caudillo fabrica y realiza su revolución con proyecciones amplias en lo humano y territorial. Pero la falta de decisión en Buenos Aires y la falla del Arsenal, llevaron a la derrota la obra del artífice. Pasó la presidencia de Figueroa Alcorta, vencedor de Roca, y llegó el Centenario, vacío de los ideales de Moreno. En 1910, durante la presidencia de Sáenz Peña, se sanciona la ley electoral, que en vez de "Ley Sáenz Peña" —dice Luna sin ninguna modestia— debió llamarse "Ley Radical" o "Ley Irigoyen". Desde 1910 a 1916 se extiende el período de "La Reparación", que culminará con los esperanzados clamores que elevan al caudillo a la primera magistratura. En el análisis de la obra irigoyeneana no deja Félix Luna de reconocer su fracaso, pues si bien se lograron algunas mejoras, la revolución total no se realizó. La causa: oposición eterna del senado, falta de capacidad y de visión revolucionaria de sus colaboradores y del pueblo al cual quiso redimir. Pero si su labor gubernativa no obtuvo éxitos inmediatos, dejó planteados problemas que aún hoy tienen expectante actualidad: reforma agraria, política petrolera. El autor analiza en detalles —y he aquí la parte medular de la obra— la labor irigoyeneana; haciendo hincapié más bien en lo que quiso hacer que en lo que efectivamente realizó. Esto es, lograr la liberación completa del hombre americano, su plena realización. Para ello había que crearle ciertas condiciones objetivas: en lo Internacional, respeto y neutralidad. Irigoyen, en todo momento, como hombre latino-americano, adoptó una posición antiimperialista. En lo Político, absoluto respeto por la libertad. En lo Económico, perenne defensa de las riquezas nacionales. En lo Social, elaboración de un Código de Trabajo que en parte llegó a realizarse. En medio de la crítica situación mundial el primer período presidencial del caudillo, de carácter personal aunque no personalista, toca a su fin. Entre infinidad de heterodoxias Radicales, Marcelo T. de Alvear entra a regir los destinos del país. Su gobierno, carente del

"pathos" revolucionario que había animado a su predecesor, fue amorfo y honrado.

A los 76 años de edad, Irigoyen es reelegido. Hay vivencia y emoción al describir la ascensión del venerable viejo al poder. Repentinamente, el relato se torna serio y crítico al reseñar la breve obra de gobierno cumplida entre 1928-1930. Tampoco falta la crítica certera a todo lo que no hizo, quizás ya minado por los años. Entre oscuros presagios y olas de desprestigio llegó el año de la derrota: 1930. Estalla la revolución del 6 de setiembre que fue infecunda para el país; aunque tuvo un lado positivo: la depuración del radicalismo enfermo.

En tanto, el gran vencido, al igual que la nación, ceñía su corona de zarzas: enfermedad, encierro, juicio, destierro se suceden uno a uno. Las últimas páginas desbordan de lirismo. El verbo se hace evocador y patético para relatar el dolor y la muerte del gran repúblico que había mantenido al radicalismo puro y consecuente consigo mismo.

La obra de F. Luna, amplia y completa, posee ternura y entusiasmo contagiosos, no siendo a pesar de su parcialidad un panegírico.

*María Eugenia Herrera de Soria*

LAVARDEN, Manuel José de: *Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata. Con un estudio preliminar por Enrique Wedovoy.* (Raigal, Buenos Aires, 1955).

La editorial Raigal ha publicado un magnífico exponente para el conocimiento social, económico y cultural de la época prerrevolucionaria en nuestro país. Se trata de un trabajo de tipo económico casi desconocido del autor del "Siripo" y la "Oda al Paraná". Lavardén lo redactó hacia el año 1801, en circunstancias de un debate suscitado por el proyecto de utilización del Puerto de la Ensenada. Por razones un tanto oscuras —Wedovoy lo atribuye a la política monopolista del virrey Del Pino— no se llegó a publicar y permaneció inédito hasta que Juan María Gutiérrez lo publicó, pero sólo la segunda parte y con un título anónimo: "El puerto de la Ensenada a comienzos del siglo presente". Llama la atención el poco interés despertado por la obra entre los historiadores del período virreinal, pues únicamente Levene, Sors de Tricerri y Blanco Acevedo se han referido a él pero solamente a la parte menos interesante: la cuestión portuaria. Para nosotros adquiere especial significación porque nos muestra la mentalidad ecléctica de la época. Este es el trabajo